

Nuestra América

La Visión del Indio en Pascual de Andagoya

(Ensayo de Interpretación)

Por JULIO CESAR MORENO DAVIS

Al Dr. Carlos M. Gasteazoro,

Pionero de la Historia Científica
en Panamá.

LA VISION DEL INDIO EN PASCUAL DE ANDAGOYA

I — **Generalidades:** La historiografía indo-americana, en donde se incluye, clara está, la panameña, hace sus prologómenos con los escritos de los pioneros de la Conquista de América: los Conquistadores.

Estos escritos, denominados "crónicas", producto de la iniciativa privada, tienen como objetivo primordial el perpetuar las hazañas y las experiencias que se van adquiriendo en el fragor de las batallas y en el contacto íntimo con una tierra que, aunque hostil e inhospitalaria, aparece imponentemente bella y rica.

"Una legión de hombres —escribe Morales Padrón— que eran puros historiadores, frailes o soldados, creyeronse en el deber de consignar los hechos de los castellanos" (sic) y las costumbres e instituciones indígenas. Abundaron, sobre todo, los que hoy llamaríamos "réporter de guerra" (sic); es decir, testigos presenciales y actores a veces que, en los momentos de descanso o después, se ponían a redactar lo que iban haciendo o vieron" (1).

(1) MORALES PADRON, Francisco: *Fisonomía de la Conquista Indiana*. Colección en "Mar Adentro", Sevilla, 1955. Pág. 3.

No era la crónica un género literario desconocido. Ya durante el lento y doloroso período de la Reconquista había servido para reseñar los acontecimientos ocurridos en España. Usada también para poner en relieve la augusta personalidad de Príncipes y Reyes, se constituye, empero, en un documento cuyo contenido revela fielmente su apego por la verdad y su espíritu moralizador. Más tarde, cuando España rompe sus cadenas e inicia su expansión, compelida por fuertes exigencias histórico-económicas, la crónica se trasplanta al "Orbe Novo" (como le denominara Mártir de Anglería) para cumplir una misión no menos importante: la de perpetuar las hazañas de los castellanos en América.

Dichas crónicas tienen un doble carácter: son históricas y geográficas, es decir, no sólo relatan lo que se hace y el cómo se hace sino también el dónde se hace.

En el Istmo de Panamá esta labor queda circunscrita a algunos soldados diligentes con inclinaciones literarias. Describen éstos el paisaje tropical, las costumbres, tradiciones, las instituciones y litigios imperantes entre los indígenas.

Las crónicas proliferan rápidamente por el Continente. Ejemplos de ellas son, las del Licenciado Gaspar de Espinosa; la *Suma de Geographia* de Martín F. de Enciso; la *Relación* de Gil G. Dávila; las de Pedrarias, la de Pascual de Andagoya, etc. Esta última será objeto de estudio en el presente trabajo.

II — Pascual de Andagoya: Su Crónica.

Pascual de Andagoya resulta ser, en el orden militar y de conquista, una figura de segundo orden. Compañero de Espinosa en sus andanzas expedicionarias por el interior del Istmo y por el "Poniente", logra adquirir un conocimiento cabal de los indígenas de estos sectores, de quienes brinda buenos testimonios sobre sus diversas formas de vida y conducta.

Debe abonársele también a Andagoya el mérito de ser el precursor de la búsqueda por el Istmo de una ruta que uniera los mares, proyecto concebido por el Imperio Español que si bien no se concretó en la realidad, lo retrata como un hombre de una clara visión ecuménica.

La Crónica del Adelantado consta de tres partes: la que trata sobre los incidentes en el Darién, las actividades de Pedrarias en el Pacífico y las iniciales formas de colonización; la que refiere su viaje por el "Levante",

sus vicisitudes en las costas colombianas y el retorno al Istmo de Panamá; y, finalmente, la que presenta su frustración como conquistador luego de serle burlada la gobernación por el ladino Benalcázar(1).

La Crónica lo revela como un hombre de capacidades excepcionales para el análisis psicológico, descriptivo, y para la narración objetiva y fría de los acontecimientos.

No es el Adelantado el sujeto apasionado y quereloso que encontramos en el cronista de Indias Oviedo y Valdés(2), ni el crudo y exagerado que vemos en el Padre Las Casas(3). Cuenta los sucesos como los siente su corazón. Así, al llegar a Tierra Firme no vacila en caracterizar el espíritu, los actos y la capacidad negativa del español para poblar y gobernarse.

“...visto como la gente se movía, comenzaron a enviar capitanes a unas partes y a otras del Darién, y estos no iban a poblar sino ranchear y traer los indios que pudiesen al Darién; lo cual pocas veces acertaron, antes se perdió mucha gente muertos por los indios y por no saber gobernar ni regir; y así volverían al Darién muchos desbaratados, y otros con alguna presa. Y como tantos votos fuesen en una cosa, y cada uno se regiere por su voluntad y interés, ni tenían buena orden en el proveer, ni castigaban a ninguno que hubiese hecho mal”(4).

En otro párrafo leemos:

“...en todas estas jornadas nunca procuraron hacer ajustes de paz, ni de poblar, solamente era traer indios y oro al Darién, y acabarse allí”(5)

-
- (1) GASTEAZORO, Carlos M.: *Introducción al estudio de la Historia de Panamá*. Edit. Azteca, S.A., México, D.F., 1956, Tomo I, P. 186.
 - (2) Oviedo es famoso en la Colonia Darienita por sus querellas con la administración de Pedrarias y con sus compañeros.
 - (3) Recuérdese las exageraciones de su *Brevísima Destrucción de las Indias*.
 - (4) ANDAGOYA, Pascual de: “Relaciones de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra Firme o Castilla de Oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento del Mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua”. En la obra de JIJON y CAAMANO, J.: *Sebastián de Benalcázar*, Edit. Ecuatoriana, Quito, 1930. Tomo II. Documento 2. (Original del Archivo de Indias en Sevilla, Relación y Descripción, leg. II' 1514-1541. Página 16-17.
 - (5) *Ibid*, pág. 17.

Pone en evidencia la situación precaria y dolorosa del indio:

"Todas estas gentes que se traían, que fue mucha cantidad, llegados al Darién los echaban a las minas de oro. . . , y como venían del tan luengo camino trabajados y quebrantados de tan grandes cargas que traían, y la tierra era diferente a la suya, y no sana, muríanse todos"(6)

Más adelante escribe que estando en Natá se llevaron todos los alimentos de la población existente, a tal punto que se quedaron sin nada de comer por lo que los indios "vivieron en gran necesidad de hambre, tanto que se llegaban a nuestro Real porque los prendiésemos y diésemos de comer"(7).

Fueron en verdad crueles los conquistadores. Trocaron la mística de la espada en locura de la espada; y la mística de la fe en fanatismo. Pero aún así, debe juzgársele desde sus circunstancias y creencias. El conquistador no fue un sádico. No fue el explotador y destructor organizado y sistemático que encontramos en el explotador del FAR WEST norteamericano, ni el expoliador portugués y holandés. Fue un hombre poseído de una neurosis generada por un ambiente que se empecinaba en rechazarlo; por una atmósfera erizada de peligros que le obligaba a una constante vigilia; por un enfrentamiento constante con la muerte; y en fin, por una fe que le hacía considerar al indio como hijo de Satán a quien había que convertir o destruir. Hubo humanistas preocupados por la suerte del indio; pero las reformas que se derivaron resultaron impracticables. Hubo asimismo conquistadores que, como Cortez, se sintieron culpables y trataron de descorgar sus conciencias.

El relato de Andagoya, sin embargo, no se concentra sólo en los conquistadores y en los males del indio. Va más lejos. Dice del paisaje que le sirve de marco a éstos. Describe y distingue semejanzas y diferencias en la flora y la fauna tropical. Manifiesta sus excelencias.

"Todas estas tierras (Chirú y Natá) —subraya— son finas y llanas y muy hermosas tierra, de muchos mantenimientos, de maíz y agos y melones diferentes de los de acá (España), y uvas, yuca y mucha pesquería en los ríos y en el mar y caza de venado; y en esto las de Coiba y Cueva tienen lo mismo"(8).

(6) Loc. Cit.

(7) Ibid., pág. 28.

(8) Ibid., p. 28

III — Su Visión del Indio.

Interésanos sobre todo en su escrito, su visión del indio. Su cualidad de gran observador, su insaciable inquietud por conocer esa tierra nueva y virgen, y su estrecho contacto con el natural, son factores que le permiten forjar una imagen bastante clara y objetiva de éste. Ya en el Darién (o en sus territorios aledaños) o en el Poniente, no cesa de informarse, de conocer, y por qué no, de sorprenderse y preocuparse por las actitudes primitivizantes del indígena.

A) Vestimentas.

La imagen inicial que se forma Andagoya del indio es la de un hombre salvaje, inculto, desnudo o semidesnudo y poseído por la antropofagia.

“Es gente belicosa, comen carne humana, andan desnudos ellos y las mugeres en carnes sin ninguna vestidura”(9).

Digo que fue la primera impresión. Posteriormente, cuando los expedicionarios van penetrando las zonas, el Adelantado se encuentra con indios con vestidos que les cubren parcial o totalmente el cuerpo. Con que éstos vestidos son de coloridos deslumbrantes y bellos. Y así lo expresa. . .

Los indios de Acla(10) difieren de los de Santa Marta. Sus mujeres visten bien. Sus mantas de algodón les cubren los pechos abajo y los pies; pero dejan descubiertos brazos y pechos. Los hombres visten con ropas de caracoles dentro de los cuales guardan su humanidad. Son de colores variados y bien confeccionados, sujetándose con cordones a la cintura de tal manera firmes y ajustados que no les molesta la acción, pero les deja los genitales descubiertos por no caber en el caracol. Con respecto a éstos, los de Coiba no llevan vestidura de caracoles, en tanto que las mujeres se aderezan bien(11).

La vestimenta de poblaciones apartadas, como París y Escoria, eran importadas de Coiba, excepto algunas cosas que, como las mantas, se fabricaban allí con tintas muy hermosas y llamativas(12).

En el sector correspondiente a León y Granada (Poniente), la población vestía bien. Las mujeres, como las de Coiba, usaban un tipo de vestido que se metía por la cabeza tapando senos y extremidades.

(9) Ibid., p. 15.

(10) En indio significa “huesos de hombre o canillas de hombre”.

(11) Ibid., p. 18.

(12) Loc., cit.

Los hombres se cubrían sus asentaderas con tiras largas de algodón y llegaban a los lomos. Para ir al pueblo llevaban mantas que usaban en el brazo(13).

En fin, en Huista y Burica (Nicarao) los hombres iban desnudos, pero las mujeres usaban un "braguero con que tapaban sus verguenzas"(14).

B) Economía. (Modus vivendi).

El indígena tomaba de la naturaleza lo que ella le brindaba. Era pues, COLECTIVISTA. Armado de "tiraderas y macanas" cazaba venados y puercos ("diferentes a los de España") que formaban manadas. Eran estos últimos salvajes y tenían un "como ombligo en el dorso". Había cotos donde iban los señores de caza en el verano, y usaban para tal efecto, el método consistente en producir una fuerte humareda que cegaba al animal haciéndolo presa fácil ("Pocos escapaban").

En las poblaciones del Poniente, el indio usaba como método para cazar puercos, grandes redes de "nequen" que colocaban a la entrada de un monte por donde pasaría la manada. Al tropezar la red se enredaban quedando oprimados sin poder escapar.

Pero la caza no era solo de animales. Los había de aves, tórtolas, faisanes, etc. ("volatería"). Los cercanos al mar, pescaban.

Los grandes jefes de tribu no imponían tributos de ninguna clase. Nada quitaban a sus vasallos, ni nada les faltaba tampoco. Empero, era obligante concurrir al trabajo social, comunitario: hacer casas, sementeras, pesquerías o la guerra. Y aún en tales casos, el jefe daba comida y bebida a los que cooperaban. El oro que poseía era sacado de rescates o de las minas.

C) Vida en Sociedad.

Los pueblos de Tierra Firme no eran grandes. Tenían señores principales, los cuales poseían tierras en donde enclavaban sus casas que eran "tres o cuatro o más". Se situaban una al lado de la otra, y eran "cercados y cerrados de noche" por temor a los leones y tigres.

Esporádicamente se suscitaban luchas por cuestiones de "pesquería y montería" que ocasionaban sensibles pérdidas de material humano. Andagoya pone de manifiesto lo dramático y sanguinario de estas guerras

(13) Ibid., p. 30.

(14) Ibid., p. 25.

intestinas que duraban días enteros. Reseña la de París y Escoria, que duró ocho días, en donde los dos bandos casi se extinguieron con todo tipo de armas, y luego con sus propias manos y dientes.

“Finalmente —escribe— acabadas las armas vinieron a los brazos y se mordían unos a otros; y como los de Escoria eran valientes de cuerpo y de fuerzas librabanlos peor los de París: de manera que la falta de armas los despartió, y fueron tantos los que por el camino volviéndose a sus casas murieron, que por el camino hicieron silos donde echaban los muertos”(15).

Los guerreros más valientes (en Cueva, Acla, Coiba, etc.) eran objeto de distinciones: se les ponía el título de “Cobras” y se le daba casa y servicio(16).

La fiera y coraje del indio, su impasibilidad ante el sacrificio y la muerte, serán temas favoritos en la épica americana.

1 — Concepto y Aplicación de la Justicia.

El concepto de la justicia del indio era sencillo, claro, primitivo, como era su vida elemental y pobremente tecnificada. Pero no por ello menos efectiva. Cuando se producía un pleito, intervenía el Señor, único juez, excepto los que iban a aprender el arte: los alguaciles. No se solicitaban testigos. Los querellantes, compelidos a decir la verdad (“porque el que mentía al señor luego moría por ello”) eran juzgados, y la sentencia debía acatarse sin discusión. Obedecer era un deber ineludible.

Sus leyes ordenaban que el que mataba debía morir; igualmente el que hurtaba. La sodomía la “tenían por mala y la vituperaban”.

“Vivían (pues) en mucha justicia —comenta Andagoya— en la ley de naturaleza, sin ninguna ceremonia ni adoración”(17).

2 — Matrimonio.

Como en todo tipo de convivencia social, el matrimonio era obligatorio. Y en éste siempre el hombre llevaba la batuta. Concedido el matrimonio se hacía una fiesta a la que iban a comer y beber los invitados.

(15) Ibid., p. 29.

(16) Ibid., p. 19.

(17) Loc., cit.

Los hijos del matrimonio eran soberanos de la casa y demás pertenencias de sus padres.

Pero el hombre no sólo contaba con una mujer. Podía tener otras(18); pero si bien ellas residían en la misma casa, no tenían derechos pares. En efecto: la mujer principal se servía de ellas, y éstas debían obedecerle. Debíanse respeto "so pena de muerte"(19).

Los hijos nacidos de estas mujeres eran considerados **bastardos**, y carecían de los derechos de los legítimos, aunque se consideraban "hijos de aquella casa" y se les mantenía(20).

Era costumbre que a la muerte del marido, las esposas que creían amarlo más, se enterraran con él para servirle "más allá". Algunas veces, sin embargo, esta era una obligación que no siempre se cumplía con agrado. Por ello, se las tenía que obligar; especialmente a las doncellas. Esta situación la padecían siempre las mancebas que "no eran legítimas señoras"(21).

En las poblaciones de León y Granada, la costumbre del matrimonio llevaba a las doncellas a procurarse, con trabajo personal, su propio ajuar. Conseguido éste, retornaban a casa donde sus padres de inmediato las casaban. Pero esta circunstancia les daba una posición en el hogar poco halagadora para el cónyuge.

En efecto: la mujer cuando se enojaba, sacaba al marido de la casa, o le infringía un castigo que, a veces, era corporal. La atmósfera hogareña, claro está, se hacía insoportable al marido. Pero él, ente pasivo, reaccionaba pidiendo a los vecinos su intervención para modificar la situación.

"... él se iba a los vecinos —observa Andagoya— a rogarles que viniesen a rogar a su muger que le recibiese y no hubiese enojo"(22).

Algunos de estos casamientos eran precedidos por un ceremonial en donde se sacrificaban mujeres y hombres. Pero este aspecto lo tratamos en otro aparte.

(18) Caso de Poligamia.

(19) *Ibid.*, p. 20.

(20) *Loc.*, *cit.*

(21) *Ibidem.*

(22) *Ibid.*, p. 30.

C) Conciencia y Culto Religioso.

El mundo espiritual del selvícola de Tierra Firme está plagado de demonios y de brujas. Unos y otros forman parte esencial y determinante en sus creencias. Unos y otros pesan grave y decisivamente sobre su vida. Lo aplasta y lo aniquila. Condiciona esa particular actitud de pesimismo, de disolución y de resignación, propios de naturalezas nacidas en un medio primitivo que, por serlo, las hace fácil pasto de la superstición.

A su llegada, el español-conquistador se sorprenderá y burlará de sus creencias y temores; se horrorizará con sus ritos. Pero de igual manera, el indio mirará con profana indiferencia el signo de la Cristiandad, y se mofará de su Dios, de sus santos, de su liturgia llena de misterios cada vez más incomprensibles.

"El alma del indio —afirmaba Benites— estaba llena de espanto cósmico. Espanto y adoración. . . Había un animismo primitivo y un fetichismo, apenas desprendido de vagas concepciones totémicas. (De allí que) el misterio de la Encarnación, el dogma de la Trinidad, las sutilezas teológicas en la relación entre las tres personas, el sentido promisor de la Bienaventuranza, no eran fácilmente asimilables por el indio"(23).

No debemos extrañarnos que así fuera. La conciencia religiosa del español es la conciencia forjada en un mundo más seguro, más tecnificado, menos hostil (si se quiere más *civilizado*); un mundo menormente presionado por las potencias ciegas de la naturaleza. Y por lo mismo, es una conciencia, más afinada, más despierta a las sutilezas místico-teológicas; es, en suma, la conciencia de un hombre cuyo dominio de la naturaleza no necesita más de tantos dioses (son dioses explicados), y los ha concretado en UNO.

En cambio, la conciencia religiosa del natural americano (como la de todo pueblo de vida elemental) está condicionado por el medio ambiente que lo circunda. A través de sus manifestaciones se revela claramente su ineficaz dominio de la Naturaleza, de las fuerzas externas que no alcanza a explicarse satisfactoriamente, digamos mejor, racionalmente. Por eso, se le aparecen sobrenaturales, celestiales. No considera tales fuerzas separadas de la naturaleza, sino unidas. Les imprime vitalidad, las personifica; especialmente aquellas que más sirven a su existencia, la más influyentes. Impotente frente a ellas, las tipifica: unas son

(23) BENITES VINUEZA, Leopoldo: **Ecuador: Drama y Paradoja**. Colección "Tierra Firme", F. C. E., México, 1950. p. 120.

buenas y otras malas. Hay dioses buenos y malos. Surgen de esta forma las divinidades como evidencia de su lucha denodada con la naturaleza.

Andagoya es cristiano. Por serlo llama al indio supersticioso. Lo considera hereje. Poseído de "brujas y demonios". ("Y cada uno hacía más daño en estas gentes".) Eso le preocupa. . .

El diablo proporciona a estas gentes "sus unciones con que se untaban, las cuales eran ciertas yerbas"(24). Este acompaña a las brujas cuando van a hacer daño. A veces, se torna "híño hermoso" para no asustar a la gente y así lograr "que le creyesen". Sus manos eran invisibles y en los pies traía "uñas a manera de grifos" (25).

Andagoya informa que existen maestros (Taquinas) que se comunican con el diablo encerrados en chozas abiertas en el techo, y de su influencia sobre los "señores". Al diablo le llaman "Tuira"(26).

Cuenta que los indios tenían noticias del "Diluvio de Noé", del cual relataban que se "escapó en una canoa con su muger e hijos", y que después "había multiplicado el mundo destes"; que había "en el cielo un Señor que llamaban Chipiripa y que hacía llover y las otras cosas que del cielo bajaban"; en fin, "que en el cielo había una muger muy linda con un niño", etc.(27).

Con respecto a dichas informaciones, deberá recordarse que Andagoya, a fuerza de cristiano, interpreta e identifica todas las confidencias de los indios con los relatos expuestos en el "Génesis" de la Biblia, pero es obvio que estos no lo entienden lo mismo.

Estas concepciones que comportan —como hemos dicho— la superstición del hombre primitivo a las fuerzas de la naturaleza, provocan reacciones específicas: el natural, consciente como es de su dependencia absoluta de aquéllas, trata de atraérselas y adorarlas para evitar su castigo y lograr sus bondades. Surge así el culto religioso como expresión

(24) Ibid., p. 20.

(25) Ibid., p. 20.

(26) Conviene expresar que el indio con frecuencia le daba vida a las cosas inertes (animismo) distinguiendo cualidades buenas o malas en ellas en la medida que le afectaban. En el caso del Tuira, es comprensible que lo identificara (al personificarlo) con el "demonio" por los desastres que éste (que era un río) le causaba.

(27) Ibid., p. 20.

real de esa conciencia religiosa(28). El rito, pues, se dirige siempre al logro de un objetivo prefijado. Dioses y rituales son formas auxiliares conducentes a éste.

"El hombre primitivo —dice Radin— no considera a las deidades o al rito mágico como una realidad condicionante sino como un accesorio coercitivo respecto de ella. Tanto la deidad como el rito son auxilios para el apropiado funcionamiento de series de acontecimientos individuales o sociales que se presentan habitualmente conexos"(29).

En el "Poniente", por ejemplo, antes de la promoción matrimonial se hacían sacrificios de hombres y mujeres ante una estatua de "oro bajo". Los corazones y lenguas de unos y otros eran extraídos con navajas, y con la sangre que brotaba se mojaba la estatua. Se ofrendaban también "muchas cazuelas de pescado y diversos manjares (del que) comía el papá que allí residía"(30).

Estos ritos crueles y sanguinarios estaban casi siempre condicionados por el MIEDO. Así, la presencia de un volcán activo los llevaba al sacrificio de doncellas, sacrificio que ellos aceptaban "alegres como si fueran a salvarse"(31).

Pareciera que esa sensación de acabamiento inexorable que sobrecoge el alma del indio, le hiciera estóicamente insensible a los sufrimientos.

La muerte era objeto de un ceremonial. La crónica relata minuciosamente uno de éstos:

Fenecido un señor, se le vestía con armas de oro, y los principales de la tierra se reunían y colgaban el cuerpo con unos cordeles. Alrededor del cuerpo colocaban braceros de carbón cuyo calor comenzaba a derretir la grasa del cuerpo que caía en dos vasijas de barro. El cuerpo, ya enjuto era colgado en un palacio y custodiado día y noche por doce hombres de los más destacados, quienes se sentaban, algo apartados, con mantas negras que los tapaban de la cabeza a los pies. La entrada era vedada a todo extraño. Uno de ellos, armado de un

(28) KELLE, Vladislav y KOVAIZON, Matvei: *Formas de la Conciencia social*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1962. p. 118.

(29) RADIN, Paul: *El Hombre Primitivo como Filósofo*. Eudeba, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1960. p. 54.

(30) ANDAGOYA, Op. Cit., p. 30-31.

(31) Loc., cot.

atabal(32) que producía una "voz ronca de duelo", tocaba, y luego al sonido seguía un responso. Terminado el mismo, la gente que había velado prorrumpía en "gran grito y alarido" y luego volvía el silencio. Finalmente, la gente (al sonar nuevamente el atabal) reía y bebía, excepto los doce que continuaban junto al muerto. Si alguno de estos salía a "hacer aguas", se le interrogaba por el difunto, y éste respondía que se "hallaba en el cielo y que en el humo iba más allá"(33). Los ritos de este tipo eran sumamente caros: "ellos gastan mucho en comer y beber".

Estas ceremonias, con sus sacrificios humanos y sus cantos y rezos reflejan bien la idiosincracia religiosa del indio, y dicen cómo a través de ellos "la vida se nutre permanentemente de la muerte"(34).

Panamá, 29 de enero de 1965.

(32) Timbal con un sólo cuero.

(33) *Ibid*, p. 21.

(34) PICON SALAS, Mariano: **De la Conquista a la Independencia**. Colección "Tierra Firme", F. C. E., México, 1958. P. 23.